

Mario Valdovinos

LIHN LA MUERTE

desatanudos

Narrativa

LIHN, LA MUERTE

© Mario Valdovinos

© Desatanudos

© Traful editores

ISBN: 978-956-351-011-9

www.desatanudos.cl

Edición a cargo de Carla Morales Ebner,
Patricio González Ríos y Gregory Cohen Muñoz

Diseño portada: La Mano Alzada

Ilustración portada: Pablo Schalscha

Diagramación: Alexei Alikin

Distribución digital: www.ebookspatagonia.com

Distribución a cargo de Traful Editores

Estado 215 Of. 1101, Santiago Centro

Teléfono: 6641353

ÍNDICE

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[NOTAS](#)

*De las vidas, las límpidas.
De las muertes, las rápidas.*

BERTOLT BRECHT, "LISTA DE PREFERENCIAS"

1

Cada vez que lo veía pasar llevaba un aire indesmentible de "no me hallo". Siempre cabizbajo, de su hombro izquierdo colgaba un bolso repleto de libros, de dibujos y de materiales de trabajo, de páginas dobladas y de anotaciones, de cuadernos y papeles en su interior; y con otro volumen en la mano derecha, caminaba leyendo. El tranco rápido, esquivaba árboles, peatones y ondulaciones de la vereda, perros y gatos que se le atravesaban, desperdicios, botellas vacías. Había desarrollado una especie de destreza relativa a la navegación urbana.

La mirada atenta y el gesto de la boca amargo, casi de asco, amor y odio a la vida, como si la degradación del entorno se traspasara a la página que leía y como si detectara a la distancia aquello que le incomodaba. Fue un experto en ese estilo peripatético de inserción vial y de lectura, único e inimitable. Incluso era capaz de leer colgado de la pisedera de una micro un ensayo sobre estructuralismo o la poética de Hegel, y, cada cierto rato, sacar sus borrascosos apuntes y anotar frases, ideas, refutaciones, destinadas a un ensayo sobre crítica cultural, tal vez el comentario de una exposición, aspectos de una clase, un prólogo, la presentación de un libro; también posibles desenlaces de un cuento, el diálogo de los personajes, el torrente de un monólogo en una pieza de teatro, el título de una crónica periodística; quizás el capítulo de una novela, escrituras dibujadas en su mirada con ojeras de insomne crónico.

Lo veía dos o tres días por semana y, en la víspera de su final, pasaba a lo lejos, debilitado, casi arrastrando el

bolso y por supuesto con un libro en la mano —daba la impresión de llevarlo amarrado—, el que apenas miraba, como quien hace las últimas revisiones a unos versos que desea memorizar para su epitafio.

Se desplazaba por avenida Vicuña Mackenna hacia el sur. Después supe que llegaba a la calle Passy 061, tercer piso, donde vivía en un departamento de alquiler, como siempre. Nunca fue propietario. Literalmente, no tenía donde caerse muerto. Vivía apenas y a penas. Tal vez en esa trashumancia capitalina estaba el deseo de contribuir a borrar las huellas, algo fácil en un país donde rara vez se conservan los lugares que cobijaron a los artistas y sus creaciones.

2

Había allí desorden, cajas con libros y otros objetos sin desembalar, como si el inquilino supiera que debía partir pronto y hubiera cumplido, consciente o no, con todos los trámites y ritos de la desinstalación.

Eran visibles en su interior más ausencias que presencias. Ausencia de pareja, de hijos, de vida familiar, que puede ser, indistintamente, balsámica o sórdida, con sus horarios de amaneceres y anocheceres, sus cocinerías y duchas, desayunos y TV, platos con restos de comidas, tazas de café, colillas de cigarrillos, fósforos quemados, pelusas de suciedad y pelos en los rincones; en el aire, moscas y otros insectos voladores que se colaban como el polvo en suspensión; vasos y copas, toallas, útiles de aseo; las mil formas que adquieren el descenso y la resurrección.

Sin embargo, era posible oler la música de fondo que emergía de discos y cassettes esparcidos por el suelo y a veces ordenados en hileras en las improvisadas estanterías desbordantes de libros; había también algunos videos en formato VHS, revistas y diarios sacudidos por la brisa con que ventilaba sus dominios.

El paraíso unipersonal, el refugio para almacenar los buenos y los malos sueños, el espacio de trabajo y supervivencia, el castillo y el muladar, la geografía doméstica del vencedor y del perdulario.

El que, contra viento y marea, se salió con la suya de vivir a contrapelo. Siempre incómodo. En los crepúsculos estivales abría las ventanas al viento y al rumor de la calle, purificadores y vespertinos. Esa brisa benevolente que des-

tierra el sopor acumulado durante el día y preserva el ánimo de las pesadillas de mañana.

En el fondo, la morada del sujeto que se propone, lo reconozca o no, lo desee o no, hacer de la vida un tango y salir a bailarlo, renuente en un comienzo porque es de aquellos que permanecen sentados, protegidos, de los que observan el baile, para salir a la pista a regañadientes, haciéndose de rogar, para después moverse al compás alternativamente con dos parejas y quedar, en definitiva, bailando solo: un monólogo danzante, tan atrayente como patético.

“Uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias...”

Después de todo era su último departamento, un sitio donde yacer, lleno de libros descalabrados, de láminas con sus dibujos pegadas en las paredes, con una máquina de escribir en el centro del cuarto: “Hasta mañana a la misma hora, frente a esta espantosa máquina de escribir”; escribió en una prosa de La musiquilla de las pobres esferas y después, en otro lugar: “abuela de escribir, máquina mía; máquina de morir, abuela eterna”. No pudo haber extrañeza en que hubiera elegido la profesión de escribiente, no se le impuso, vino sola, fluida y natural: ¡es lo tuyo, embárcate en ella; húndete en ella!

3

Lo dije en algunas entrevistas, concedidas a publicaciones de efímera vida y de débil poder circulatorio: “Soy un maestro de la desinstalación”. Abandoné el hogar materno, que en mi caso era el de mi abuela, bien entrados mis cuarenta años de edad. Siempre en Santiago, la capital del horroroso Chile.

Puro desarraigo. La casa paterna, repito, era en realidad la casa de mi abuela materna, donde nací y, en gran medida, fui criado. Ella abandonó por misteriosas razones una virtual carrera de violinista y guardaba junto a los objetos fundacionales de su imaginario y de su conciencia el instrumento, al que volvía con cierta periodicidad, para mirarlo, limpiarlo, afinarlo y arrancarle algunas notas. La nostalgia de lo que no fue. A esa casa llegaba mi tío Gustavo Carrasco, un artista, profesor además de la Escuela de Bellas Artes, a cuyas clases comencé a asistir siendo un pen-dejo. Previamente llegué a un acuerdo con mi padre para abandonar el liceo, puesto que en las clases no solo no me hallaba y debía ir rápido, sino que además estaba convencido de que mi camino no pasaba por terminar la educación media. Para mi gran asombro, mi padre aceptó la arrogante y temeraria propuesta, y comencé a pasar buena parte de mi copioso tiempo en la Escuela de Bellas Artes, donde el ambiente no resultaba muy adecuado para el chico que yo era. Lo más probable es que mi viejo me haya considerado un caso perdido. Se trataba de una suerte de manicomio con apariencia de centro académico. La libertad era exagerada —quién lo dice. Había insanos, alcohólicos,

ninfómanas y gran cantidad de alumnos disfuncionales. Todos exhibían sin pudor sus delirios, que iban desde la megalomanía hasta la neurosis autoflagelante.

Paranoias ostentadas sin el menor pudor y aullidos de enfermos interrumpían las, a veces, plácidas clases y sesiones de dibujo y pintura, las horas de ramos teóricos, interpretación e historia del arte, las visitas a las salas del museo para ver y evaluar, por ejemplo, las esculturas de Nicanor Plaza, Virginio Arias, Rebeca Matte.

En medio de aquella fauna era reconocible también un grupo de auténticos estudiantes y de rigurosos y sabios maestros que los orientaban como podían. Digo que la propuesta de abandono de la enseñanza tradicional estaba basada, lo supe años más tarde, en oponerme al lugar común pequeñoburgués en cuyo soporte, desde siempre y al parecer para siempre, se cifran tantas esperanzas. No hay generación que no haya escuchado el fatídico: “Lo único que puedo dejarte como herencia es una buena educación”.

En fin, decía que debí asumir mi naufragio escolar: el de los alumnos del fondo de la sala, arrancados en los últimos bancos, los del 3,5, los nulos en Matemática, los evadidos de Educación Física, de Química, lectores tardíos de las obras evaluadas con rigor prusiano en los controles de lectura, los de la cimarra y las inasistencias injustificadas; en suma, como los llamaban los inspectores: “malos elementos, de los que este establecimiento educacional —que forma va-ro-nes, jói-gan-lo bien!—, debe deshacerse”.

No hace falta concurrir a verificarlo en el libro de clases o en las libretas de comunicaciones de aquellos años para saber que fui un *loser*.

Hago notar que mis padres me habían matriculado en el Liceo Alemán porque mi apellido, Lihn, el de mi abuelo, es germano. Él emigró desde Europa hacia Antofagasta y logró cierta riqueza que, con los años, se difuminó como el propio fantasma del fundador de la estirpe.

Así, mi deseo de borrar de los dos patios del Liceo Alemán y otros humilladeros para niños y adolescentes era arrogante y temerario porque en Chile la presencia o ausencia de un papel o un certificado puede ser absolutamente decisiva para el futuro laboral de un ciudadano de la República. Carecer de la licencia de enseñanza secundaria fue algo que me penó más de la cuenta en los años de la vida adulta. Años adocenados y agolpados. En síntesis, mi tiempo, el tiempo en que todo lo resolvería, o lo resolveríamos, sin saber que esos eran ya los años venideros para los cuales mi preparación era, por decir lo menos, precaria. Había mucha inocencia, la carga se arreglaría en el camino, los años traerían, sin duda, más de algo venturoso.

Aun en Chile.

El alma siempre sabe lo que desea.

De hecho, debí asistir al liceo nocturno, dar exámenes libres en el Ministerio de Educación y preparar materias rezagadas, estudiándolas, o calentándolas —se decía por aquellos años—, con un sentimiento de derrota total, de los mil demonios, todos confabulados para hacerme pagar en forma desproporcionada un error o un desliz que yo creía intrascendente.

4

Deambulaba por los cursos que se impartían en la Escuela de Bellas Artes don Pablo Burchard, un hombre decimonónico, con toda la sensibilidad de ese siglo, nacido en 1873, un artista académico e inspirado, quien pintaba en distintas e infinitas versiones el mismo cuadro relativo al paisaje del que estaba enamorado, y vivía reelaborándolo: una pintura intrínsecamente inacabable. Podría haber tapizado el sendero de una alameda con esta hilera de cuadros, puestos en fila y sombreados por las hojas que amarillearían en el otoño para que él volviera a pintarlas una y otra vez. Fue alumno de Pedro Lira y, junto a Alfredo Valenzuela Puelma, Juan Francisco González, Camilo Mori, por mencionar a grandes nombres de la pintura chilena, todos se habían establecido largos períodos en París. Eran en buena medida de la escuela de Montparnasse, porque anhelaban aspirar en los orígenes la atmósfera de las nuevas corrientes pictóricas y literarias y, por consiguiente, las maneras de vivir, de pensar y de soñar, con un pincel o una pluma en las manos, más intensas y seductoras.

Tal era su horizonte cultural, nostálgicos de vidas apasionadas y enamoradas, repletas, indistintamente, de pobreza y/o riqueza, pletóricas de amor y favores, femeninos o masculinos según las preferencias, ahítas de noches de polémicas estéticas, de batallas ideológicas, de vinos embriagadores que derrumbaban con solo olerlos, de ausencias o ajenjos terroríficos, de noches infinitas de bohemia, de una vida que sentían perdida y añoraban rehabilitar en el descampado sudamericano, en la carencialidad total. A

pesar de todo, grandes tipos. Evidenciaban, con más o menos ímpetu y frenesí, el éxtasis o el tedio atroz de vivir. Sin excepción eran adeptos al *spleen*, al *tedium vitae*, en suma, conjugaban amor y miedo a la vida.

La enseñanza era más bien convencional. Clases de dibujo, reproducir objetos, frutas, plantas, rosas, el tradicional género pictórico del bodegón, la naturaleza muerta; luego rostros, el género del retrato; después el impacto del paisaje, la cordillera, ciudades, pueblos rurales, objetos, algunas calles.

Recuerdo varias sesiones interrumpidas por alaridos de alumnos que pasaban sin transición de una noche de desforada ingesta alcohólica a una clase matinal, y repentinamente comenzaban a blasfemar contra algo o alguien, o sin más contra un todo hostil e incomprensible; o discusiones a grito pelado por incidentes de faldas, prendas de vestir no devueltas a tiempo, pequeñas deudas relativas a consumos alcohólicos copiosos en bares de quinta categoría. También organizaciones de marchas y protestas políticas, barricadas y frentes de oposición al orden, despreciable desde su génesis. Tras esas *performances*, la clase continuaba en medio de una atmósfera trizada y antipedagógica.

En todo caso, era en su mayoría pintura realista, literaria. Contar una *petite histoire* en una tela y, por sobre todo, infinitas horas, semanas, meses, dedicados a reproducir cabezas, manos, cuerpos desnudos. Allí vi por primera vez gente en cueros. Desde esos instantes el cuerpo me provocó deslumbramientos, terrores, una imantación irresistible. Más el ajeno —en especial el femenino— que el mío, siempre largo, delgado y encorvado, el pecho hacia adentro, magro como el de un adolescente.

El cuerpo que me dio placeres y torturas, hecho a mi medida por mis padres en unas horas de encuentro, el que me abandonaría y yo a él en un momento. Adiós donaires. ¿Quisieron hundirse el uno en el otro, buscándome e imaginándome la noche de mi origen, o fui un hijo que resultó?

Son las dudas de todos. Era, y aún lo es, mi cuerpo, para mí o para nadie.

Había un gran desorden en las salas, tarros de pinturas, telas a medio acabar, atriles, tubos de óleos y una profusión increíble de manchas de colores en sus combinaciones más inverosímiles, desparramadas por el piso de tablas, por los muros, la ropa, las manos, la cara y el cabello de los estudiantes. Ese caos me fascinaba y es el mismo que ha rodeado las circunstancias privadas y públicas de mis días. Cierto es que la enseñanza del arte se ha academizado en todos lados, pero quedaba ese resabio de la didáctica del taller con el maestro a la cabeza, donde se formaban los discípulos. El taller de pintura al óleo, el de dibujo, el de escultura, el de acuarela, el de grabado.

Vi el modo en que la luz puede descender sobre la espalda, el pecho, los hombros, los muslos, sobre la cabellera. El transcurso de los segundos encadenados en los que la modelo apenas respira y los estudiantes la mirábamos e intentábamos a duras penas hacerla pasar al plano de las hojas en blanco que usábamos como soportes.

La luz se triza y cae en gotas por la piel hasta encharcarse en el suelo y dejarnos a todos con una sensación de vacío, cuando autoevaluábamos negativamente nuestro intento, y con una sensación parecida a la asfixia cuando podíamos vencer ese goteo de tiempo y de resplandores y todo aquello lográbamos capturarlo y fijarlo sobre una superficie.

¿Cómo dejarla allí quieta, satisfecha, si era una versión de ella, parecida a ella? No eran tales mis pensamientos a esa edad, pero ahora lo puedo verbalizar de esta manera y refleja lo que, por aquel tiempo, percibía y sentía el joven aprendiz de artista, el mozo que ingresaba a un territorio desconocido, como una oveja, negra sin duda, lleno de temblores y temores, de arrogancias y ensueños. La vida no había que planificarla a más de una hora de plazo.